***Roboam, un rey necio***

*Eduardo de la Serna*



Según la Biblia, a la muerte de Salomón (cerca del año 930 a.C.) lo sucedió su hijo Roboam. Fue rey durante 41 años, pero se dice que fue causante de una gran fractura en el pueblo. En ese entonces – por lo que leemos en los textos – había dos reinos, uno al norte y otro al sur, con sus capitales en Siquem y en Jerusalén respectivamente, pero estaban unidos por un mismo monarca. Cuando un rey era coronado, luego de muerto el anterior, el sucesor debía ser ungido, y debía hacerlo en las dos ciudades para ser a su vez rey del norte y del sur conjuntamente. Muerto Salomón, su hijo Roboam, después de ser ungido en Jerusalén se traslada a Siquem (1 Re 12,3) y allí los habitantes le piden que sea menos duro con ellos que lo que había sido su padre (1 Re 12,4) quien fue sido particularmente rígido con el Norte (él era del Sur) a lo que él responde que le den tres días para pensarlo y consultar. Entonces se hace asesorar por los ancianos, consejeros que habían servido a Salomón, quienes le recomiendan que sea cercano a su pueblo, que sea «*servidor de su pueblo y les dé buenas palabras*» (12,7). Pero Roboam no siguió este consejo y pidió entonces asesoramiento a los jóvenes (12,8) quienes le recomendaron “endurecer” más aun lo que había hecho Salomón: «*–Si mi padre los cargó con un yugo pesado, yo les aumentaré la carga; si mi padre los castigó con azotes, yo los castigaré con latigazos*». (12,14). Esto - obviamente - provocó que todo el Norte decidiera romper con el Sur, eligiera su propio rey y, a partir de este momento, hubiera – para siempre – dos reinos separados, independientes y por muchos momentos, reinos enemigos.

Fue tal la consecuencia de esto que muchísimos años después un sabio escribió:

«*Salomón descansó con sus padres [= murió] y dejó por sucesor a uno de sus hijos: rico en locura y falto de juicio, que con su política hizo amotinarse al pueblo. Surgió uno – no se pronuncie su nombre – que pecó e hizo pecar a Israel.*» (Sirácida [= Eclesiástico] 47,23).

No nos interesan, aquí, las complejas tramas y problemas históricos, sino lo que dice el texto bíblico; y no nos detendremos en la política de Roboam, que no es en este momento un tema que interesa a la Biblia (aunque destaca que no fue servidor de su pueblo), sino en su tontera, su necedad. Y lo interesante es que esa tontera es vista como haber “seguido el consejo de los jóvenes” y no haber “escuchado a los ancianos”. El tema aquí importante es que, para la Biblia, como para muchas de nuestras culturas (no así para una sociedad que se guía por la “producción” y exalta la fortaleza y la vitalidad) la juventud es sinónimo de falta de experiencia, de falta de sentido, mientras que los ancianos son todo lo contrario, sabiduría y sensatez. Así lo dice la primera carta de Pedro:

«*De igual manera, jóvenes, sean sumisos a los ancianos; revístanse todos de humildad en sus relaciones mutuas, pues Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes*» (1Pe 5,5).

Los ancianos, para la Biblia, son en general modelo de sabiduría y experiencia, mientras los jóvenes no lo son. Incluso es interesante que cuando se encuentra un joven que manifiesta mucha sabiduría, como es el caso de Daniel (Dn 13,45), se dice de él que “*Dios te ha dado la dignidad de la ancianidad*” (13,50). En el libro de Judit se cuenta que en la ciudad hay un “*Consejo de Ancianos*” (4,8; 11,14; 15,8). En este sentido, otro libro de sabiduría lo dice expresamente:

«…*tres clases de gente odia mi alma, y su vida me llena de indignación: pobre altanero, rico mentiroso, y viejo adúltero, falto de inteligencia. Si en la juventud no has hecho acopio, ¿cómo vas a encontrar en tu vejez? ¡Qué bien sienta el juicio a las canas, a los ancianos el tener consejo! ¡Qué bien parece la sabiduría en los viejos, la reflexión y el consejo en los ilustres! Corona de los viejos es la mucha experiencia, su orgullo es el temor del Señor*» (Sir 25,2-6).

El modelo de sabio en la Biblia es el anciano o anciana, ya que es quien ha vivido, a quien su experiencia lo lleva a *saber* distinguir lo bueno de lo malo; y – por el contrario – el modelo de necio, el no-sabio, es el joven. El rey Roboam no supo escuchar a los sabios, a los que pueden aconsejar con la experiencia vivida, que le aconsejaban tener un pueblo feliz (algo que deberían aprender los políticos de todos los tiempos y lugares) y se dejó asesorar por la inexperiencia y la necedad juvenil. En muchas culturas de nuestro mundo hay comunidades que respetan de modo casi sagrado a los ancianos, como se respeta la vida; y son escuchados, consultados, valorados; mientras en otras culturas los ancianos son descartables, y casi una molestia. La actitud de Roboam nos debería servir para aprender a valorar a nuestros “abuelos” y “sabios” y aprender de su experiencia para conducir nuestras vidas y nuestras culturas.

Foto tomada de <https://www.ebglobal.org/damas/articulos/de-sabio-a-necio>

--